

mo puesto al ave distraída, y no bien se halla esta á su alcance la pillan, ya estén sentados ó volando, con un movimiento brusco de su pico, y despues de arrojarla varias veces contra el suelo, la sujetan con una pata y la devoran con tan visible satisfaccion que es imposible atribuirla á un apetito innatural y efecto de la cautividad. Cada uno de los bocados que arrancan lo arrojan primero al aire para cogerlo con el pico al vuelo, y tanta es su destreza en este punto que con un poco de ejercicio llegan á atrapar las golosinas que se les arroja con una infalibilidad pasmosa, vengan del lado que quieran. Fuera de esto confirman los homrais cautivos hasta cierto grado otro aserto de Hodgson, el de que estas aves no beben. No rechazan el agua en absoluto, pero beben solo á grandísimos intervalos; cada quince días, si su régimen es exclusivamente vegetal, y cada tres ó cuatro si es variado.

No faltan observaciones relativas á su reproduccion. Mason dice: «Cuando la hembra ha puesto de cinco á seis huevos, la empareda el macho con barro tan completamente que no le queda mas espacio que el indispensable para asomar el pico, y en esta situacion pasa todo el tiempo que dura la incubacion. Su vida correria peligro si tratara de romper la pared de su cárcel. Para hacerle mas llevadera la pérdida de su libertad se afana el macho por proporcionarle frutas enteras, porque ella rechaza, sin tocarlas siquiera, las que no lo están.» Creo que podré dispensarme de decir que esta última parte del relato de Mason es una pura invencion, un cuento de la gente del país que él admitió como moneda corriente. Hé aquí cómo completa Tickell la relacion que precede: «Estábamos á 16 de febrero de 1858 cuando supe por los habitantes de la aldea de Caren, que un dicocero bicornio grande empollaba en el hueco de un árbol allí cercano, y que ya hacia algunos años que una pareja de estas aves se servia del mismo hueco para sacar sus crias. Fuí al sitio y ví que el hueco se hallaba en el tronco de un árbol desprovisto de ramas hasta la altura de quince metros. El orificio estaba tapado con una espesa capa de barro, quedando únicamente una pequeña abertura por la cual la hembra solo podia alargar el pico y recibir la racion que el macho le llevaba. Con mucho trabajo se encaramó un hombre del pueblo con el auxilio de estacas que clavó de trecho en trecho en el árbol, y mientras estaba ocupado en romper el barro que cerraba el nido, el macho iba y venia, acercándose casi hasta tocarlos y despidiendo sonidos roncós, pero muy fuertes. Me costó trabajo hacerme obedecer de la gente que queria matarle, porque le temian y me aseguraban que los atacaría. Cuando el agujero quedó ya suficientemente agrandado para que el hombre pudiera meter por él un brazo, fué picado por la hembra con tanta furia que le obligó á sacar el brazo mas que de prisa faltando poco que no cayera en tierra; pero despues de haberse envuelto el brazo en algunos trapos pudo sacar el ave en estado lastimoso, fea y sucia; cuando la soltó dejándola en el suelo no podia volar, limitándose á dar saltitos cortos y á amenazar á los que estaban cerca, hasta que al fin pudo encaramarse á un árbol pequeño donde quedó posada, y tan entumecida que le era imposible servirse de las alas y reunirse con el macho. En el fondo del hueco, á cosa de un metro debajo del agujero de entrada, habia un solo huevo de color pardo claro sucio, sobre un lecho compuesto de estiércol, cachitos de corteza y plumas. El resto de la cavidad estaba lleno de bayas en putrefaccion. El color de la hembra era amarillo sucio, debido al derrame del aceite de la glándula coxígea.»

El mismo autor asegura en otro paraje haber visto cómo el macho tapiaba á la hembra; pero Horne fué quien tuvo la mejor ocasion de observar á estas aves mientras construian su nido. Hé aquí lo que dice: «En el mes de abril de 1868

me avisaron que habia dos nidos en dos distintos algodones huecos, de los que las aves habian ya sacado con sus picos la madera podrida y ensanchado los huecos lo suficiente para proceder á la construccion del lecho, puesta y demás. En ambos encontré tres huevos despues que todo habia sido tapizado por las aves al parecer con estiércol ú otro material análogo, lo que no pude examinar bien á causa de la gran altura á que estaban; y como tenia que hacer cada vez una caminata de unas seis á ocho millas inglesas para visitar el sitio, me faltaba ocasion y tiempo para observar bien la marcha de la incubacion. La hembra que hice sacar de uno de estos dos nidos habia perdido muchas plumas que por lo comun no están muy adheridas al cuerpo, hallándose además muy demacrada. A fines del mismo mes fuí mas feliz. Cerca de mí «verandah» (1) se elevaba orgulloso, rodeado de otros árboles, un magnífico sisu con un hueco en la axila de la primera rama, cuya posesion era constantemente causa de discordia entre loros y coracias; pero que yo habia deseado siempre ver ocupado por dicoceros bicornios. ¿Cuál no seria mi satisfaccion cuando noté que una pareja de estas aves se decidió á establecerse en él despues de muchas visitas, inspeccion, largas consultas y de la insoportable gritería de los coracias y loros! La cavidad tenia una profundidad de unos treinta centímetros aproximadamente y ofrecia suficiente espacio para el objeto. Estábamos á 28 de abril; al día siguiente se metió la hembra dentro para no salir ya, quedándole el sitio estrictamente preciso para meter la cabeza cuando la queria ocultar ó cuando queria echar hácia fuera sus deyecciones. Estaba el hueco á unos tres metros del suelo y cabalmente en frente de mi verandah, de suerte que con un anteojo de larga vista podia yo observarlo todo perfectamente. Luego que la hembra se hubo instalado en el hueco, desplegó el macho la mayor diligencia para alimentarla, llevando por lo comun el pequeño fruto de la higuera sagrada. El 30 del mismo mes empezó la hembra á trabajar con ahinco en tapiar la entrada, empleando en esta operacion como material principal sus propias deyecciones que subia del fondo del hueco para pegarlas á derecha é izquierda, alisándolas y apretándolas con el lado llano de su pico á manera de paleta. El macho se limitaba á buscar y traer alimentos y durante todo el tiempo no ví jamás fruta alguna arrojada al pié del árbol y solo sí muy pocos excrementos que al parecer la hembra misma iba echando desde el momento en que dejó concluida su cárcel. El macho llegaba á la abertura, se agarraba á la corteza con sus uñas y llamaba dando picotazos en ella. Entonces aparecia la hembra para recibir la fruta y el macho volvia á buscar mas. La abertura, que al principio tenia unos quince centímetros de alto por tres ó cuatro de ancho, se iba cerrando mas y mas hasta llegar á ser tan angosta que en el punto mas ancho apenas hubiera podido caber el dedo meñique; pero hay que tener en cuenta que era á manera de rendija, es decir, mas larga que ancha, de suerte que el pico disponia de un espacio de ocho á diez centímetros para abrirse. La operacion de tapiar la abertura habia exigido unos dos ó tres días, y una vez terminada, la hembra echó fuera los excrementos que hasta entonces habian servido á modo de argamasa. Otro homrai que rondaba por allí observaba atentamente todo lo que pasaba, armando de cuando en cuando alguna pendencia con el marido, pero nunca llevó comida á la reclusa. El día 7 de mayo, cuando yo calculaba que la hembra habia tenido suficiente tiempo para completar la puesta, arrimé una escalera de mano al árbol y subí, abrí el nido y saqué no sin algun trabajo á la

(1) Dan este nombre en la India á los terrados-miradores cubiertos que hay en muchas casas para dar sombra y fresco á sus habitantes.

hembra, á la cual hallé en muy buen estado; todo con el fin de apoderarme de los huevos. Al principio apenas podia volar aquella, pero al cabo de algun tiempo lo logró. Las personas del país que conocen perfectamente las costumbres de este animal me dijeron que la hembra rompía el barro tan pronto como los pequeñuelos pedian su alimento, y no tengo duda que sea así.»

Wallace pudo hacer asimismo observaciones sobre la incubacion de esta ave. Sus cazadores le trajeron un día un macho que uno de ellos decia haber muerto mientras daba á la hembra la racion que le llevaba. «Muchas cosas habia yo leido, dice este viajero, respecto de esta costumbre tan extraña de dicha ave, y me fui en seguida, acompañado de algunos indígenas, al sitio designado. Al otro lado de un rio y de un pantano encontramos un grueso árbol inclinado sobre el agua con un agujero en el lado inferior, á la altura de seis metros, en medio de una masa fangosa que segun me dijeron habia servido para forrar la ancha abertura del hueco que allí tenia el árbol. No pasó mucho rato cuando oimos un graznido en el interior y observamos cómo el ave sacaba la punta blanca del pico. Ofrecí una rupia al que quisiera subir y coger el ave con los huevos, pero todos tenian miedo y alegaban que era cosa demasiado difícil; sin embargo al cabo de una hora llamé la atencion un graznido ronco pero ruidoso que resonó cerca de mí, y que provenia de la hembra, la cual me traian junto con el pequeñuelo que habian encontrado en el hueco. Este último era un sér sobremanera extraño, del tamaño de una paloma, sin una sola pluma en todo su cuerpo, carnoso, blando y con la piel semitranslúcida, tanto que el animalito parecia una masa gelatinosa con cabeza y piés añadidos artificialmente mas bien que un ave.

»La costumbre tan extraordinaria del macho de tapiar á la hembra y alimentarla durante la incubacion hasta el día en que pueden volar los hijos, es uno de los hechos mas maravillosos de historia natural que puede concebir la imaginacion mas fantástica.»

No parece ser mas activo el desarrollo ulterior del joven dicocero bicornio; pues Hodgson asegura que no concluye antes del cuarto ó quinto año de su existencia; pero á esto contesta Blyth, fundado en observaciones hechas en dicoceros cautivos, que bastan tres años para que esta ave adquiera todo su desarrollo.

CAUTIVIDAD.—Tickell nos ha dado á conocer el género de vida del dicocero cautivo. Cuando se le coge joven domesticase fácilmente; pero siempre conserva su innata osadía, y amenaza con su formidable pico á las personas que no conoce. Una de estas aves no permitia que la prodigasen caricias, como lo toleran las demás especies mas pequeñas de la misma familia: volaba por el jardin; posábase sobre los árboles ó en el tejado de la casa; bajaba algunas veces á tierra, daba saltos, volvia á caer sobre su carpo, y buscaba en la yerba el alimento; una vez cogió una rana, pero la tiró al punto. Al dar sus paseos matinales, mojábbase con frecuencia las plumas, y en tal caso se ponía al sol con las alas extendidas para secarse. Otros dos dicoceros parecian aficionados á la humedad, pues á veces estaban horas enteras en sitio descubierto cuando llovía con mas fuerza. Nunca lanzaban gritos agudos; producian solo una especie de gruñido: eran muy voraces y tragaban fácilmente un plátano.

Tambien he visto yo no pocas veces el homrai en pajarras espaciosas bajar al suelo donde se mueve con gran torpeza; allí se mantenía afanzado en la raíz del pié y no sobre los dedos, apoyándose además en la cola para conservar el equilibrio; cuando queria echar á andar no tenia otro recurso sino hacerlo á saltos con ambas patas á la vez, lo cual no

basta para que recorra así distancias muy regulares. En el ramaje es muy diferente su postura; allí se sostiene por lo comun casi horizontal del modo que lo describe Hodgson, pero cuando quiere descansar bien, deja colgar la cola verticalmente. Cuando se ha visto mucho tiempo privado del sol, se levanta de un modo inusitado al primer rayo benéfico que le toca; estira todo el cuerpo así como las alas repetida y alternativamente, las alza tanto como puede, y gira en todas las direcciones para recibir el sol por todos lados. Cuando tiene mucho calor alarga el cuello y al mismo tiempo abre el pico, como lo hacen en igual caso los cuervos y otras aves de nuestro país.

En la actualidad hay varios jardines zoológicos que poseen homrais y he pasado horas enteras contemplándolos y convenciéndome de que si pueden compararse con alguna ave, es tan solo con los ramfástidos, á los cuales se parecen por sus movimientos, índole y comportamiento; pero son mas tardos, perezosos y mas serios que estos, conforme lo requiere su estructura mucho mas tosca, lo cual no impide que tengan gran analogía con aquellos en su modo de saltar de una rama á otra y en tierra, así como en el uso que hacen del pico, en su comportamiento en general y sobre todo en la rapacidad de que dan sobradas muestras. Despues de todo lo dicho excuso añadir mas sobre su vida en la pajarera y solo indicaré que resisten muchos años y hasta parecen hallarse á su gusto en la cautividad con tal que se les cuide bien y principalmente cuando se les procura un calor siempre igual. Viven en la mayor armonía entre sí, pero no con otras aves mas pequeñas que ellos. Jamás ví surgir diferencias y contiendas serias entre los diferentes dicoceros que observé, y eso que cierto día uno de ellos cogió un tucan que pasaba volando con la mayor confianza por delante de él y que fué al instante degollado y devorado sin que los otros se moviesen para disputar á su compañero la presa. A veces se entretenian dos de ellos riñendo de un modo muy gracioso. Ambos combatientes se colocaban frente á frente, y de pronto daban un salto hácia adelante, chocaban sus picos de modo que se oian los golpes y luego luchaban en toda forma. Habia momentos en que parecia que este juego iba á degenerar en formal pelea, pero luego se convencia uno del error y que todo ello no era mas que mero pasatiempo. La inteligencia que reina entre especies distintas se patentiza tambien con los gritos con que se contestan mutuamente.

LOS RITICEROS — RHITICEROS

CARACTERES.—En los riticeros está reemplazado el apéndice rostral por una protuberancia rugosa, surcada por pliegues, y dispuesta sobre la mandíbula superior. Las alas son de un largo regular, la cola sumamente redondeada, y las patas cortas y vigorosas.

Juzgo conducente á la mejor inteligencia de lo que tengo dicho hasta aquí sobre los bucerótidos añadir la excelente descripcion que hace Bernstein de la siguiente especie afine y representante del presente subgénero.

EL CALAO DE PROMINENCIA ASURCADA —BUCEROS PLITACUS

CARACTERES.—El riticero de pico asurcado tiene el plumaje negro, excepto la parte superior de la cabeza donde es pardo negruzco; el cuello blanco con un ligero matiz gris; el ojo pardo rojizo; el pico de color de cuerno claro; las patas negruzcas, y la cola en ambos sexos blanca. La hembra difiere del macho por el tinte de la parte desnuda de la garganta que es amarillo claro, mientras que el macho la tiene

de un color azul indigo sucio. Los pequeños carecen de prominencia en el pico, la cual no se desarrolla hasta la edad adulta. Como los surcos trasversales varían de número en los



Fig. 59.—EL BUCORAX DE MCÑO BLANCO

diversos individuos, se suponía antes que se formaba una cada año, y que se podía reconocer así la edad del ave. Esta circunstancia valió á esta el nombre de *añal* que le dan los europeos que habitan en aquel país. Los naturales del país la llaman *djulan*, *goge* y *bobosan*.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Habita en las islas de la Sonda y Malaca.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Sobre este punto dice Bernstein: «Vive en los bosques sombríos, y extensos de los terrenos bajos y de las primeras vertientes de las montañas, hasta una altitud de 1,000 metros sobre el nivel del mar. Escasea mucho en los bosques mas altos, sin duda porque no encuentra los árboles que producen los frutos que tanto parecen gustarle. Recorre á menudo grandes distancias para adquirirlos; muchas veces, sobre todo por la mañana, se ve á una pareja de *djulans* volar á gran altura sobre el bosque, dirigiéndose en línea recta al paraje donde maduran los frutos que prefieren. Al volar alargan el pico y la cabeza, produciendo á la vez como un frotamiento, que varía según la fuerza de los aletazos, y que se oye desde muy lejos; este ruido se percibe sobre todo en el acto de bajar el ala; pero no es aun conocida la causa. Al agitar el aire con una ala de riticero, se produce cierto ruido, pero no se le puede comparar con el que se oye cuando el ave vuela y que acaso es peculiar de todos los bucerótidos. Algunos de estos riticeros que vivían en una anchurosa pajarera movían frecuentemente las alas cuando estaban sentados en los travesaños, pero sin producir su ruido especial, porque en este caso no son los aletazos de mucho tan vigorosos como cuando vuelan. Yo me inclino á creer que en este ruido desempeña un papel principal la increíble dilatación de los depósitos de aire que como es sabido se hallan entre la piel y la carne muscular, que se continúan hasta en los muslos, la garganta y los extremos de las alas, y que permiten al ave absorber una cantidad considerable de aire. Lo que si está fuera de duda es que merced á dicha facultad pueden remontarse con ligereza á tanta altura, á despecho de la pequeñez relativa de sus alas, y como el aire encerrado debajo de la piel ha de comprimirse y cambiar necesaria y continuamente de puesto por efecto de las fuertes y alternativas contracciones de los músculos, pienso que será tambien la causa del ruido.

» Este riticero vive casi siempre apareado, aun fuera de la época del celo, pero nunca le he encontrado formando grandes grupos ó familias. Su alimento consiste en diversas frutas, y como ya he dicho, vuela á menudo hasta larga distancia para buscarlas. He conservado varios mucho tiempo con arroz cocido; patatas, plátanos y otras frutas, y como habían sido cogidos jóvenes, se domesticaron pronto, tanto que podía dejarlos andar libremente por la casa, si bien teniendo la precaución de recortarle las alas. Los que se cogen ya viejos, suelen rehusar todo alimento y se dejan morir de hambre en pocos días. No he oído la voz de este riticero cuando está en libertad, porque es animal arisco y de consiguiente no es cosa fácil aproximarse á él para observarlo; pero los que tenía cautivos emiten un fuerte y agudo gruñido cuando se les irritaba; gruñido ó chillido semejante al de los cerdos cuando están furiosos ó se los va á matar. La persona que lo oye por primera vez cree oír el rugido de una fiera. Tienen en el pico mucha mas fuerza de lo que uno podría suponer atendida su estructura celular y la relativa debilidad de los músculos elevadores de la mandíbula. Pegan picotazos muy dolorosos. Un individuo viejo hizo con el pico un agujero en su jaula formada de bambúes partidos, y cuando lo mandé tapar con una tabla de un centímetro de grueso, volvió á hacer saltar astillas de esta, de suerte que temía continuamente que se me escapara. Pueden hinchar á voluntad la bolsa aérea y desnuda de la garganta que comunica con la bolsa pectoral anterior, con lo cual adquieren mucho mas volumen; y así lo hacen generalmente cuando están posados y descansando.

» La manera de reproducirse el riticero de protuberancia asurcada es muy particular: anida en un tronco hueco, á bastante altura, y en los puntos mas impenetrables del bos-

que, por lo cual ofrece dificultad encontrar los nidos, sin contar que estos son casi inabundables. Los flancos de las montañas donde los fija no presentan sino estrechas aristas, escarpadas y separadas entre sí por barrancos profundos, y el pié de los árboles que los cubren está oculto por una enmarañada espesura de lianas, helechos y plátanos silvestres, de tal modo que solo se podría abrir camino con el hacha. Si se sospecha la existencia de un nido en cualquiera parte del bosque, es preciso primero poder llegar á ella; luego se

debe examinar cuidadosamente todo el tronco de cada uno de estos gigantes árboles para descubrir en el extremo de la copa una rendija que podría ser la entrada del nido. A veces orienta el macho con sus idas y venidas; y esto es precisamente lo que sucedió con el único nido que tuve ocasión de observar. Hallábase sobre un *rasamala*, á unos 20 metros del suelo, donde pude reconocer que era exacto lo que habia dicho Horsfield. Cuando la cavidad del tronco está convenientemente dispuesta, en cuya operación presta excelente

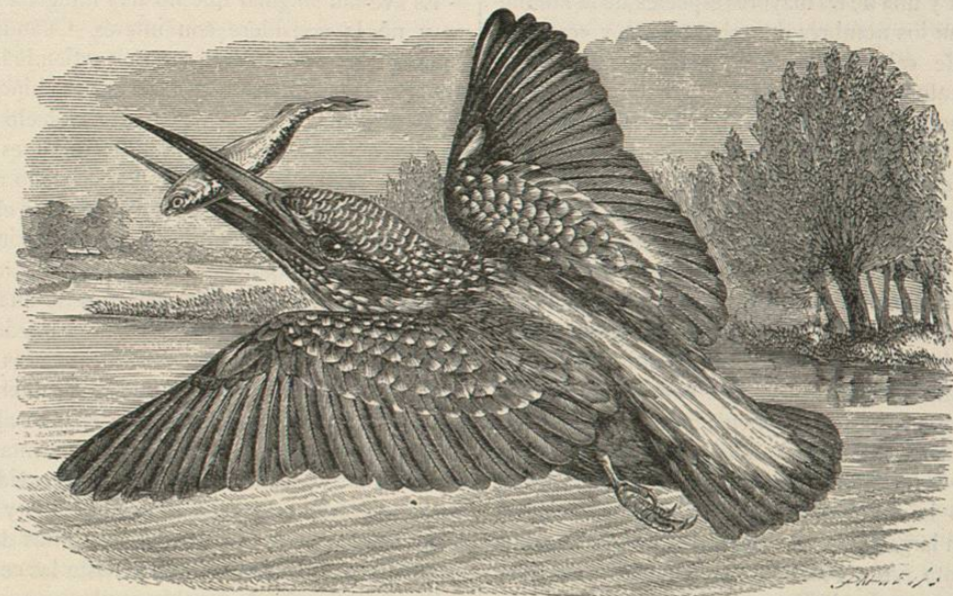


Fig. 60.—EL MARTIN PESCADOR

servicio el robusto pico del ave, para recibir los huevos, y comienza á cubrirlos la hembra, el macho cierra la entrada del agujero con tierra y madera podrida, cimentadas sin duda con saliva, no dejando mas que una abertura para que la hembra pueda sacar el pico. Durante todo el tiempo de la incubación, el riticero lleva á su compañera abundantes frutos, y para encontrar los necesarios, le es preciso muchas veces llegar hasta los países habitados y en cultivo, explicándose así que fuese muerto un individuo en un jardín próximo á mi casa. Ahora bien, pregunto yo: ¿por qué empareja el macho á la hembra? ¿Será para evitar las acometidas de los monos, como supone Horsfield? Esto me parece poco verosímil, pues los de Java se guardarían bien de ponerse al alcance de un arma tan terrible como el pico del *djulan*. En mi concepto, serían mas de temer las grandes ardillas, pues conozco el caso en que una voladora, que se hallaba cautiva, se precipitó sobre un halcón que acababan de introducir en su albergue, y habiéndole cogido y matado, le devoró después. Otro hecho hay sobre el que creo deber llamar la atención: la hembra que yo observé habia perdido todas sus penas; quedábanle solo las dos primeras rémiges primarias, y en una ala seis y en la otra cuatro secundarias; las demás no conservaban sino la cuarta parte ó la mitad de su largo definitivo. Nada podía indicarme que fuese aquello resultado de mordiscos; en el tronco no habia, sin embargo, ni cañones ni rudimentos de otras; en tal estado no podía el ave elevarse á un pié del suelo, y una vez caída del nido, no le habria sido posible volver á él. Esto es lo que yo vi por mí mismo: el indígena que halló el agujero me aseguró que la hembra está siempre encerrada así; que durante el período de la incubación se caen sus plumas, siéndole completamente imposible volar; y que su impotencia se prolonga hasta el momento en que los hijuelos abandonan el nido para cruzar el

espacio. Me inclino, pues, á creer que el macho encierra de este modo á la hembra como medida de precaución, es decir, para evitar que se caiga del nido: está reservado á otros observadores resolver este punto.»



Fig. 61.—EL CEIX TRIDACTILO

Horsfield refiere sobre el particular diversas historias, que oyó contar á los indígenas: cree que el macho procede así por celos; que vigila á su hembra y la castiga en caso de infidelidad; si al volver de una expedición cree notar que otro macho ha estado cerca del nido, tapa la entrada por completo y la hembra queda condenada á morir misera é irremisiblemente.

El nido que halló Bernstein se componía tan solo de una capa seca de astillas y de pocas ramitas. Junto á un polluelo